AÑO I. Madrid, 7 de Mayo de 1911 NUM. I.



LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA (Tercera edición.)

BIBLIOTECA NACIONAL-SECCIÓN
14 JUL. 1973

SUMARIO

CARLOS MIRANDA
Presentación
ANTONIO DE HOYOS VINENT
Milagro
FRANCISCO VILLAESPESA
Iniciación
ANTONIO CORTON
El Confesonario
Artículos de
URSULA LOPEZ
y RODOLFO GAONA
DON MODESTO
Un comentario
CLAUDINA REGNIER
Renglones de una excéntrica
JACINTO OCTAVIO PICON
La hoja de parra
ANDRES GONZALEZ-BLANCO
Los clérigos y la aviación
R. LOPEZ-MONTENEGRO
El hombre y el árbol
CYRANO, TOVAR
Y ALFONSO
Fotografías y caricaturas de Lolita Velázquez, Fernando Díaz de Mendoza, Ursula López, Rodolfo Gaona, La Virgencita, La Cierva, Claudina Regnier, La Fornarina, &.

CARAS BONITAS



LOLITA VELÁZQUEZ

Ilustre actriz del Teatro Español que ha llamado la atención en Madrid por su hermosura durante la temporada última.

5 cénts.

AÑO I. NÚM. 1.

LA HOJA DE PARRA

REVISTA FESTIVA

: : : : Madrid 7 de Mayo de 1911 : : : :

PRESENTACION

QUIEREN los editores de esta publicación recién nacida que, al verse en los albores risueños de la vida, sea quien la presente á los lectores mi humilde y modestísima persona: lo cual es como hacer de comadrona...

Mejor hubiera sido para eso buscar á un individuo del Congreso de Ginecología, porque yo—sin rubor os lo confieso—no sé ni tanto así de Pediatría, ni cómo echar la garra parteril á un engendro que se agarra, (temeroso de ver la luz del día) al claustro maternal, y lo desgarra con rabioso tesón y furia impía...

Pero, en fin, aquí está LA HOJA DE PARRA, que es cosa de Obstetricia, pues con ella, (según Moisés) nuestra primera madre tuvo que andar por casa desde aquella fatal hora en que Adán se sintió padre...

¿Qué puedo yo deciros, por mi vida, de esta recién nacida que hace hoy—cual Don Quijote de la Mancha—su primera salida (¡no quiera Dios que su primera plancha!), si para que juzguéis de nuestras HOJAS no ha de haber otro juez que vuestros ojos?...

Plegue á Dios, lector pío, que la acojas bien y que no la mires con enojos. Y, supuesto que nace en Primavera—tiempo en que la «gentil» requesonera viene de Miraflores,—no la hagas perecer en los albores risueños de la vida: ¡que á las hojas—hermanas de las flores—no les llega hasta Otoño su caída!...

No os canso más, lectores, y abur: ¡que el corazón se me desgarra viendo un nacido más sobre la tierra!...

¡¡Quién sabe si á esta pobre HOJA DE PARRA la tratarán como á una hija de perra!!...

Y recordad la máxima de Ovidio: «Qui occidit *parram*, facit *parricidio*.»

Carlos Miranda

MILAGRO

Si no fuese grande irreverencia, tratándose de tan ínclito caballero, diría que, al verse en la calle, bufó de indignación. Pongamos que respiró fuerte, dando salida, por un instante, á su justo furor, y estaremos en lo cierto.

La cosa no era para menos. ¡Qué se habían creído aquellos imbéciles del Círculo! ¿Iba á perder siempre? Llevaba quince días en que, ante el dichoso «tapete verde», vaciaba sus bolsillos, su cartera y hasta el depósito de su paciencia, y para un día que ganaba se permitían murmurar.

Parado ante el gran portón, desahogó su ira mandando al diantre á desarrapado golfo que le importunaba con la narración de sus tremebundas desventuras, y sacudiendo una patada á sarnoso can que le rondaba. No le cabía duda; en el momento culminante en que hacía saltar la banca había oído una cuchufleta que le sonó mal, algo relacionado con la buena suerte de los que padecen de vejetaciones frontales. Volvíase furioso, dispuesto á castigar al osado profanador de su honra y se encontró con el mamarracho de Julito Calabrés.

No es que le faltase valentía,—todo el mundo recordaba aún con un escalofrío de horror su duelo con Esteban Arenal, aquel duelo famoso en la historia de la andante caballería, en que él, apenas si recibió un sablazo en un talón, mientras su contrario caía herido de un tajo formidable en el cogote—pero no iba á batirse él, el excelentísimo señor don Facundo Gómez del Espaldarazo, con aquel chiquillo desvergonzado y botarate.

Comenzaba á tranquilizarse. ¡Bah! Envidias y fantasías. Allí tenía sobre el corazón su carterita con las sesenta mil pesetas, mientras que ellos se quedaban como el gallo de Morón. Recordó el estribillo: «Ande yo caliente y ríase la gente»... Y con ademán de satisfacción encogióse de hombros y hundió las manos en los bolsillos del gabán.

Lleno de extrañeza retiró una de ellas, aprisionadora de sospechoso papelito. ¡Una carta! Cada vez más asombrado la abrió. Letra de su mujer. ¡Qué raro! ¿Que querría Eladia para escribirle así? Leyó:

«¡Chuchelito mío!—¡Caramba! aquel no era el lenguaje conyugal habituado. Siguió:—como el señor de Minotauro—la cosa le sonaba mal—se queda jugando en el Círculo, en cuanto le des capote—término taurino indicadísimo allí...—te vuelves aquí y pasaremos la tarde juntos».

¡Infame! Eladia le engañaba y le engañaba con aquel hambrón de Pascual Cascorro que no contento con birlarle la mujer se le comía las trufas desde hacía un año. ¡Los mataría!

Y empuñando el bastón como si fuese heróica tizona encaminóse á su casa á grandes pasos.

II

Mientras tanto Eladia, más ágil, más aerea, más felina que nunca entre los pliegues de su *deshabille* de muselina azul, subrayador del oro de la cabellera y del blanco alabastrino de la desnuda garganta, jugueteaba caprichosamente con su amante.

—¿Me quieres, chiquillo?

—No.

—¡Infame! ¡Te mato! ¡te mato! ¡te muerdo! ¡te como!

Sus labios rojos mordían voraces el rostro de su amigo, mientras las manos de nieve tiraban de los negros rizos.

En tan interesante momento histórico, la puerta se abrió y *Francette* (verdadera doncellita de comedia de enredo) se precipitó en el cuarto y con grandes muestras de espanto anunció la catástrofe.

—¡El señor!

Consternados, exclamaron á una:

—¡Minotauro!

Después Eladia, con más presencia de áni-

COCOTAS MADRILEÑAS



ELENA TOLOSA
(LA VIRGENCITA)
(Fot. Alfonso).

mo, buscó por donde pudiese huir. Imposible. La única puerta comunicaba con el salón por donde avanzaba el hijo de Minos. Rápidamente pasó revista á los escondrijos donde ocultarle. Por fin se decidió:

—Mira, aquí, en el ropero.

Y empujándole dentro, cerró la puerta.

¡Ya era hora! El ultrajado esposo penetró como una tromba.

—¡Infames! ¡Adúlteros! ¡Dónde está el malandrín, follón, ladrón de honras!

Ella quiso atajarle:

—¿Pero que es esto?... ¿qué te pasa?...

Don Facundo, apartóla de un empujón:

—¡Calla, mala mujer, calla ó te mato!

Y comenzó á buscar por debajo de los muebles, en los rincones, tras los cortinajes. *Francette* se había desmayado; Eladia, cruzadas las manos, imploraba de Dios un milagro. Mientras el ultrajado esposo, profiriendo siempre terribles amenazas, seguía buscando. Miró bajo la cama; nada. En la mesilla de noche; cero. Al fin llegó al armario. La traidora cerró los ojos. Don Facundo de un tirón abrió violentamente las puertas y encontróse frente á frente con el amante de su mujer, que le apuntaba con un revólver. Vaciló un instante, luego cerrando con violencia los batientes, murmuró engolando la voz en un aparte teatral:

—Pues tampoco está aquí:

Y rápido salió, mientras Eladia caía de rodillas.

Dios, que convirtió en rosas los mendrugos de Santa Casilda, acababa de poner una venda sobre los ojos del esposo. ¡Milagro!

Antonio de Hoyos y Vinent

* * *

DE LA FARANDULA



Respetable público: Entre los primeros actores soy el primer actor... En el Senado, al que pertenezco por derecho propio, sería, si me lo propusiera, un reformador como D. Luis Palomo, ó un revoltoso como el el señor Obispo de Jaca... En sociedad resulto «lo bastante aceptable» para ocasionar alguno que otro derribo en los corazones femeninos...

INICIACION

Me arrojé sobre tí. Como cadenas
mis lujuriosos brazos te ciñeron,
y tus castos escrúpulos vencieron
mis dulces frases de caricias llenas.

La muerte como alivio de tus penas,
tus balbucientes labios me pidieron,
y en un inmenso beso se sorbieron
hasta la última sangre de mis venas.

Cuando el primer albor de la mañana,
á través del cristal de la ventana,
la alcoba iluminó, muerto yacía
tu pálido perfil sobre mi pecho,
y una rosa de sangre florecía
sobre las blancas sábanas del lecho.

Francisco Villaespesa



El confesonario

En una «enquête» ó cuestionario—moda lanzada y sostenida por ciertos diarios y revistas para aligerar el presupuesto de colaboración—se ha preguntado y respondido acerca de este punto: »¿Hasta qué edad son jóvenes los hombres?»

Invitado »al efecto», me había propuesto contestar, cuando observé que en un momento, en menos de seis días, multitud de personas se adelantaron á decir, y hasta en francés algunas, lo que yo había pensado. ¡Qué unanimidad tan bella y tan »europeizante!» Nadie, para documentarse, acudió á los registros civiles ó eclesiásticos, ni aún á la Filosofía: y todos, hombres y mujeres, echando mano del termómetro que no falla jamás, fijaron la edad por el amor.

Algunos días después, un periódico nuevo, dirigió á sus lectores del sexo femenino esta diabólica pregunta: »¿Qué consejo dariáis á vuestro mejor amigo?«

Y otra vez, en las contestaciones, la misma unanimidad. No ha habido, por fortuna, respuestas espartanas; pero las dulces mujercitas que han desfilado, con su rostro picaresco y bonito y con su espíritu jovial, por la primera plana del periódico nuevo, comenzando por Julita Fons—que vale más que la Sorel, y es mil veces más guapa—y acabando por...—no se ha acabado el encantador desfile—han dado á su mejor amigo este solo consejo: «Que ame mucho á su novia y que se case ó... no se case, ó que una vez casado, solicite el divorcio».

Y esto, ¿qué prueba, amigos míos? La unanimidad que se ha advertido en estas dos »enquêtes», viene á demostrar que en este mundo ó que, en Madrid al menos, lo único serio es el amor.

¿Cuál es, amigos míos, nuestra misión en este mundo? Si es que alguna tenemos, nuestro mandato se reduce á conservar la especie y á perpetuarla; se la conserva, comiendo; se la perpetúa, amando; el pan cuotidiano y el amor son lo único serio; todo lo demás, exceptuando tal vez la abolición de los Consumos, es accesorio.

Y así, yo creo que en nuestros tiempos tan positivistas, propagar el amor y predicar la abolición de los Consumos es colocarse dentro de la más pura realidad.

Yo, que he sido doctor, aunque no ejerzo ya, en Artes y en Ciencias amorosas, tengo el honor de saludar en La Hoja de Parra á una representante de su tiempo. La sección que inauguro con el título de *El Confesionario*, es muy transcendental. ¿Cómo esta idea tan saludable no la habían tenido, antes de ahora, los fundadores de revistas?

En esta Sección, como su nombre indica, irán apareciendo las confesiones amorosas de los fieles devotos de María de Magdala, á la que Cristo perdonó «porque había amado mucho». No se establecen distinciones de sexos ni de edades. La jovencilla ingénua y el rapazuelo soñador, que aún no ha leido las novelas del gran D. Felipe, podrán decir al confesor sus inocentes pecadillos. También se oirán, de quien los traiga, y los presente bien documentados, los pecados gordos. Unos y otros se absolverán paternalmente, sin que se imponga penitencia á ningún pecador.

Como la santa discreción es la virtud del caballero, ningún hombre, sin duda, citará, al hablar del milagro, el nombre del santo que lo hizo. Mas, si alguna señora, queriendo dar á sus historias cierta notoriedad, citase nombres y apellidos, no la desmentiremos.

Y todo, por supuesto, quedará entre nosotros y bajo el secreto de la confesión, en el que no cree, según ha dicho, el padre Ferrándiz.

Venga á confesarse él, y asi verá, seguramente, que su afirmación impía no reza con el cura de La Hoja de Parra.

Antonio Cortón

ÚRSULA LÓPEZ

Desean ustedes que me confiese; que cuente al público mis intimidades... ¡Qué insaciable es el público! No contento con las desnudeces de nuestro cuerpo, busca también las de nuestra alma.

...Pero ¿qué cuento yo? ¿Qué secreto puede una tener para quien la ve casi desnuda todas las noches? El público, señores míos, se entera de todo, lo sabe todo, y lo que no sabe lo adivina... y en paz.

Además, yo creía que la que enseña sus carnes á través de la seda y el encaje, y muestra su pasión en un torpe cantable, no tenía derecho á sentir y pensar por cuenta propia, sino á conformarse con divertir á los demás... Pero no debe ser así cuando ustedes me piden... ¡que hable! Sin duda yo estaba equivocada, y resulta que tenemos personalidad propia, que somos algo más de lo que nuestros autores nos hacen ser. Pues miren ustedes, me alegro mucho.

¡Recordaramores! ¡Hablar de amores! Yo, señores, soy muy desmemoriada, mucho, mucho... Y me alegro, créanlo ustedes, me alegro algunas veces. Además, creo que las mujeres no sabemos del amor sino sentirlo. Bien se conoce que es un hombre quien me pregunta. Ellos si que no saben de eso más que hablar, hablar mucho...

Sobre este punto, «sólo se me ocurre» que cuando un hombre dude del amor, se mire en unos ojos de mujer, que si ellos le dejan mirarse, dará fe de su existencia. Y recomiendo mucho cuidado en esta prueba, porque cuando los ojos de *ella* tutean á los ojos de *él*, es muy peligroso seguir mirándose... ¡Palabra!



URSULA LÓPEZ

Tengo mucho entusiasmo por el teatro picaresco; no por el pornográfico. Y creo que la mujer de teatro debe vestirse mucho y bien. No soy partidaria del desnudo; hasta me molesta salir á escena «demasiado fresca». Me figuro que dos dedos de «algo» enseñado «cuidadosamente al descuido», valen por todas las provocaciones. Soy aficionada á la buena ropa interior, de la que sólo uso camisa, pantalón y medias. No llevo nunca ligas ceñidas á la pierna, porque la deforman y varían la línea. Las uso fijas al corsé.

En trajes de calle, prefiero los cómodos, los que no ajustan ni oprimen el cuerpo, los que se quitan y se ponen con facilidad.

Tengo, sí, valiosas alhajas; pero no siento predilección por ellas; prefiero cualquier anillo de poco valor. Sueño siempre con lo que no tengo. Soy caprichosa, muy caprichosa... Me gustan los hombres morenos, muy morenos, aunque no sean «sevillanos» ¿Que qué opino de ellos? Nada, nada... De los hombres, sean morenos ó rubios, es preferible no opinar. También... ¡palabra!

Ursula López.

RODOLFO GAONA

Que si he tenido aventuras galantes? Muchas, y algunas de ellas, de las que emocionan. No sé qué de sujestivo tenga para la mujer el arte de lidiar reses bravas; pero en lo que á mí se refiere, puedo decir que la fortuna me ha acompañado en los dulces quereres, y que más veces fuí el solicitado que el solicitante.

¡Lisboa, Burdeos, Madrid, México! Son estos nombres que traen á mi mente recuerdos deliciosos de instantes de embriagadora voluptuosidad en los que gocé de locos transportes eróticos, sugeridos por corazones entusiastas. De aquellos pechos palpitantes, sentí con toda su intensidad el fuego de la pasión hacia el torero que en la arena de la plaza burlaba las acometidas de las reses con su valor é inteligencia, para luego rendirse ante las dulces caricias de la hembra y ensimismarse al oir el «negro mío, quiéreme».

En Lisboa tuve mi primer aventura complicada, con una dama de alcurnia, de la Rua Paiva d'Andrade. Llamábase Gloria, y lo era en verdad, pues si como cuerpo, nada podía envidiar; como corazón, lo tenía de oro. Me conoció al regreso de la *tourada*, ó corrida, y á las pocas horas, recibía en mi hotel un cariñoso requerimiento para visitarla. Accedí á ello, (el hombre es débil), y no sé si la obscuridad de mi cutis se deba á los apuros que pasé para librarme de sus asechanzas y eludir sus anhelos. Señores, ¡qué mujer! Aquello no era mujer, era el Popocatepele en erupción. Por suerte mía, un fornido piquero que iba en mi cuadrilla, aceptó el endoso, y previas promesas de retorno, dejé el país lusitano, con más fatigas, que si hubiese despachado cinco corridas seguidas del Sr. Gama.



RODOLFO GAONA

(Fot. Alfonso).

Burdeos, tiene para mí, otro recuerdo galante, que saboreé juntamente con los ricos vinos del país.

Era una muchacha, recién casada con un armador de barcos, y á la vez, celoso cónyuge. La francesita, bien puesta de pitones, de abundantes libras y un pelo castaño más fino que las hebras de la seda, llegó en su audacia á ponerme en grave aprieto. Yo no sé que la fascinaría en mí, pues si bien había escuchado en la Plaza aquella tarde una ovación formidable, la cosa no creía yo que era motivo para que una mujer joven, hermosa y considerada de todo el mundo, viniera á proponerme una tontería cual la que intentaba. Lo cierto es que se presentó en la fonda donde yo me hospedaba, que pidió conferenciar á solas conmigo, y cuando nos hallábamos sin testigos, se arrojó á mi cuello y me disparó una descarga de besos y bocaditos, que tuve que recurrir á mis fuerzas y habilidad para librarme de la delirante joven.

Tranquilizada un momento, y sentada en mi rodilla, me suplicó fugarme con ella. ¿Dónde dirán ustedes? A la Martinica nada menos. Yo creí que me hablaba en «cameio», pero sus referencias de aquel país, me convencieron de la realidad del mismo. «Ahorita, ahorita», me decía. Quería que la llevase allá y en aquellas soledades, amenizadas y amenaza-

das por los terremotos, vivir pacíficos y tranquilos hasta la vejez. ¡Qué ilusiones! También calmé esos furores con promesas, que no eran para mí, menos amargas, que lo serían para ella, las decepciones posteriores, pues el idilio vino á interrumpirlo la gendarmería, con tanta oportunidad, que la muchacha escapó por la escalera de servicio del hotel, y yo, aunque comparecí ante la autoridad, me limité á decirles «ne comprents pas», con un tono y unos jipíos, que tanta gracia hicieron al comisario, que me valió salir libre y ovacionado, ni más ni menitos que en una corrida.

En Madrid, he sido yo, en cambio, el cautivado. Hay una mujer, cuya mirada me fascina y sugestiona, y en cuya cara veo la de los ángeles, por creer que en éstos se simboliza la hermosura. Esa mujer, se ha conmovido también á mis palabras, y en nuestra pasión hay toda la pureza y santidad de ese amor que ha de recibir en su día la sanción de las leyes y la bendición divina.

De mi aventura trágica en México, sólo diré que aquello fué un lazo que me tendieron mis enemigos y del que qnisieron aprovecharse para obstruir mi carrera é impedir mis triunfos. He sufrido crueles sinsabores y amarguras, por aquello de lo que no fuí culpable—pues ni siquiera conocí á aquella muchacha—, y hoy en libertad, y rehabilitado ante los ojos de la sociedad, recuerdo con dolor, aquel corazón infantil escogido como instrumento fatal para perderme. Es horrible el recuerdo, y ante él, sólo pienso en mi amor á mi madrileña, de andares menudos, ojos de fuego, lábios sonrosados y con gracia picaresca, para endulzar mi existencia y llevar á ella nimbos de felicidad, dicha y ventura.

Rodolfo Gaona

UN COMENTARIO DE «DON MODESTO»

Rodolfo Gaona, el intrépido paisano de Moctezuma y Don Porfirio, se nos había revelado en las últimas corridas como eminentísimo toreo, que nada tiene que envidiar á los Bombitas, Gallitos y Bienvenidas.

«Aguanta mecha« con estóica impavidez, y mueve los brazos con frescura, inteligencia y elegancia. ¡Un buen torero!

Pero ocurre, y esto es lo que sorprende y asombra, que Gaona torea por »las afueras» con tanto arte como Ricardo, y no posee su avasalladora sonrisa; con tan simpática inconsciencia como Gallito, y no es gitano, ni tiene en su cuerpecito aquella pajolera gracia de Rafael, y con una rapidez para cambiar de moza, que achica y empequeñece la que tanto se le alaba, para cambiar de mano la muleta.

¡Vaya un mozo juncal que nos ha salido el mejicano!

Siga toreando en el ruedo como hasta aquí. Los manes de Cayetano y Cara-Ancha, pasarán un instante ante nuestros ojos.

Pero en el otro toreo, ándese con cuidado. Las heridas de los toros se curan con lavados antisépticos y con gasas fenicadas. Las que producen »unos ojos negros», sólo las cura el cura.

Y este es el que dará definitivamente la puntilla á Rodolfo Gaona, al echarle los garabatos que le unirán para siempre á esa preciosa madrileñita «de andares menudos, ojos de fuego y labios sonrosados», que se le ha colado por debajo del capote y le ha sabido llegar al corazón.

Lo que demuestra que los toros, aun siendo de Miura, resultan unos inocentes parvulitos, si una mujer se empeña en voltear á un diestro para mandarle, no en brazos de asistencias, sino por su propio pie á la Vicaría.

Ya es viejo aquello que cantaban en una famosa zarzuela de Barbieri:

... Porque las astas del toro
nunca pudieron hacer
lo que con sus ojos negros
una pícara mujer.

Don Modesto

RENGLONES DE UNA EXCENTRICA

Me voilá!

Aquí me tenéis, amigos míos. Vedme. Surjo cual nueva ave Fénix, más brava y pujante que nunca, y un poquito concisa, porque me conceden muy poco espacio.

Vengo resplandeciente, como el Sol; bella, como la Luna, y pizpireta, cual las estrellas que parpadean en el cielo. Soy todo el sistema planetario, sin movimiento de rotación.



CLAUDINA REGNIER

He estado retirada del público por ingénua. Confesé que me corregía los artículos un joven muy simpático, y por intrigas de pretendientes desdeñados me quisieron inhabilitar para las letras.

Estos intransigentes, que se indignan porque trabajo, espiritualmente, con un buen chico soltero, no protestan, sabiendo que otras señoras se reúnen para trabajar, en asuntos nada literarios, con señores casados. Mi «mariage» es puramente artístico; en privado, no nos tocamos nada...

* * *

No os espantéis de mi reaparición en un periódico galante. Creo, como *Azorín*, que el artista debe servir á quien le pague. Hoy escribo en La Hoja de Parra, porque me compran un sombrero de cien pesetas por artículo, y mañana escribiré en *El Universo*, si D. Rufino, su director, me ofrece un corsé faja ó una «jupe-culotte».

* * *

No quiero dar mi retrato «au plein air«, aunque me cueste fracasar en mi carrera artistica, para no perder mi independencia.

Ya sabéis que vengo á presentar batalla á la Moral. Publicándose mi retrato, esa Señora cursi me reconocería y trataría de anularme. Amparándome en un antifaz, no me importará gran cosa quedarme ante vosotros en camisa, espiritualmente. Estoy bien de formas intelectuales — en eso aventajo á casi todas las escritoras modernas—, así es que lo único que me puede suceder es que me tilden de libre. No es una novedad en las escritoras modernas eso de amar la libertad...

* * *

Aquí tenéis mi repreciosa cara, velada levemente. Fijaros bien en ella. Mis ojos son negros y muy grandes y un poco »engañadores». Si alguna tarde me reconocéis, en paseo, os autorizo para que os presentéis á mí. Si voy con mi tía, os daré la mano de amiga, y si me acompaña la doncella, tendré mucho gusto en obsequiaros con un beso suyo...

* * *

Desde el próximo número contestaré á los comunicantes que me favorezcan con sus consultas en Teología, Moral, Arte... Pero advierto á los desvergonzados que se dedican á retar á las ingénuas á combates, en pugna con la virtud, que no contestaré á ninguna carta que no venga redactada con la seriedad y decencia que merece una señorita, por muy excéntrica que sea.

Hasta el próximo número, pues, amigos míos. Os saluda graciosamente,

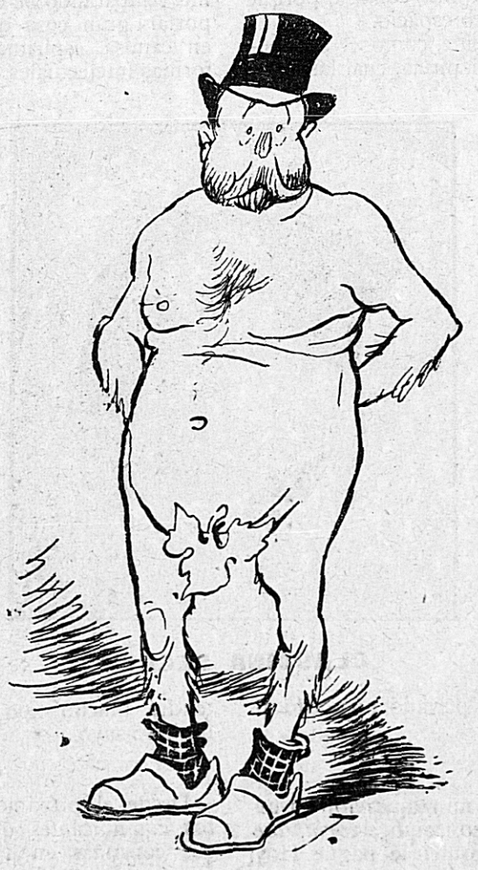
Claudina Regnier

LA HOJA DE PARRA

Acababan de dar las dos de la tarde en el reloj del gabinete, un gabinete amueblado con el lujo aparatoso é insolente, propio de una cortesana vulgar, enriquecida de pronto. Magdalena, envuelta en ligeras ropas de levantar, y aún tembloroso el cuerpo por el frescor del baño, atizó los leños de la chimenea, y aproximando al fuego el mueblecillo que le servía de tocador, extendió sobre él un lienzo guarnecido de puntillas, encima del cual fué colocando cepillos, peines, tatarretes, frascos, polvoreras y cuanto había menester para peinarse. Luego inclinó el espejo hacia sí, se sentó, y comenzó á soltarse el largo y abundoso pelo, antes castaño muy obscuro, y ahora, teñido de rojo caoba como el de las venecianas, á quienes retrató Tiziano. Jamás permitía Magdalena que nadie le ayudase en aquella importante operación del peinado; primero, por horror instintivo á que otra mujer le manosease la cabeza, y segundo, porque deseaba estar sola cuando su amante llegaba, y bien arrellanado en un sillón, la contemplaba, en tanto que sus manos primorosas se hundían y surgían de entre las matas de la cabellera, formando altos y bajos, bucles, ondas y rizos, hasta dejar prieto y sujeto el moño con horquillas doradas, mientras los pelillos revoltosos de la nuca, que llaman tolanos, quedaban sueltos en torno de su cuello como rayos de un nimbo roto.

Por coquetería, y por dar tiempo á que su dueño y señor llegara, iba lo más despacio posible, levantándose á veces para distraerse en otras cosas.

... VESTIR AL DESNUDO



En cueros, tal como salió del último debate del Congreso, llama á nuestras puertas el Sr. La Cierva. Y como nosotros no somos políticos, y estamos siempre dispuestos á cumplir el cuarto precepto, trátese del señor Maura ó de D. Pablo Iglesias, le entregamos «La Hoja de Parra», para que, si puede, oculte tras ella sus vergüenzas...

Un buen rato pasó escogiendo y apartando medias y puntillas que le habían mandado de una tienda; púsose luego unos zapatos nuevos para convencerse de que le harían bonito pie, antes de pagarlos, y, por último, se probó un cubrecorsé y una bata, permaneciendo en adoración de sí misma ante el armario de luna complaciéndose, más que en los primores de las galas, en su gallarda figura de madrileña esbelta y en su gentil cabeza de mujer dominadora y altiva.

Era rubia y muy blanca, verdaderamente hermosa y bien formada, aunque algo gruesa, como si en plena juventud pretendiera la carne ahogar á la belleza. Tenía las facciones delicadas, los ojos obscuros, de mirar expresivos, y los gestos y ademanes, tan enérgicos y desenvueltos, que á un tiempo delataban la vivacidad de su carácter y el empeño de mostrar una gracia más provocativa y libre de lo que su propia índole consentía. Aún no denotaban su lenguaje y modales completa perversión; mas ya sabía desplegar á modo de recursos seguros, el licencioso desparpajo y la franca deshonestidad

de quien para vivir se pone precio, esperando acrecentar con el estímulo el deseo y con el impudor la ganancia. Comprendía el poder de sus atractivos y lo extremaba, siendo tan complaciente y mimosa al concederse como dura y despótica para dominar á su amante, que la quería poco y la estimaba menos, pero hallaba en ella dulcísimo empleo á sus sentidos, porque era hermosa, y completa satisfacción á su vanidad, porque le costaba mucho.

Ya comenzaba á impacientarse por la tardanza de su señor, que acaso no pasase de arrendatario, cuando al oir sonar prolongadamente un timbre se acomodó de nuevo ante el tocador. Pocos segundos después, una doncella levantaba la cortina de la puerta, dejando paso y diciendo:

—El señorito.

A pesar del diminutivo, el hombre que entró, sin quitarse el sombrero, era un señor de cincuenta años, lo menos; alto y bien plantado, mostrando en la mirada y el porte que, á despecho de la barba entrecana y el pelo casi blanco, aún debía de apreciar en toda su intensidad los encantos de aquella buena moza. Vestía con exquisita elegancia, y por su edad y aspecto, aparentaba ser individuo de algún alto cuerpo del Estado, banquero poderoso ó senador por derecho propio. ¿Quién era en realidad? Uno de esos para quienes el deber es lo que ha de cumplir el prójimo; un favorito de la fortuna, ávido de goces, huérfano de escrúpulos, pero intolerante, asustadizo; cualquiera; nadie y la personificación de muchos.

Acercóse á Magdalena, dióle un beso en el cuello, sin que ella mostrase resistencia ni agrado, y quitándose guantes, gabán y sombrero, se sentó en una butaca, colocada frente al tocador, de modo que le permitiese ver á su amante por la espalda, y al mismo tiempo, contemplar su rostro, reflejado en el espejo.

—Besitos—dijo ella, fruciendo el entrecejo—besitos... y poca vergüenza Vamos á ver, ¿por qué no ha venido *usted* ayer en todo el día? Mira, que si yo quisiera... apenas tenía horas libres...

—Hija, no he podido.

—No, ¿eh? ¡Un día entero! ¿Qué has tenido que hacer?

—Muchas cosas.

Pues todo me lo has de contar para que te perdone... hora por hora... minuto por minuto.

Y alardeando de apasionada y ofendida, se levantó con el pelo suelto, yendo á ponerse de media anqueta en un brazo de la butaca donde él estaba, diciendo:

—Anda, pichón; dime todo lo que has hecho, y si mientes... ¡te ahogo!

—Pues, mira; ayer me levanté á las doce, almorcé, y á las dos ya me tenías en el Consejo magno de ferrocarriles hispánicos.

—¿Y que pito tocas tú allí?

—Teníamos Junta los consejeros, porque los guarda-agujas piden aumento de sueldo y amenazan, sino se les concede, con declararse en huelga. Dicen que ganan, no sé cuánto, ocho ó diez reales, y trabajan dieciseis ó veinte horas... y no duermen. Acordamos negar, pero hubo discusión; hasta las tres y media estuvimos allí.

—¿Y luego?

—Fuí á Hacienda, á ver al ministro.

—¿Para qué?

—Ya sabes que tengo unas dehesas en la Mancha. Pues, entre investigadores y denuncias... nada, que me quieren cobrar doble contribución de la que pago... ¡y no me da la gana!

—Pero ¿con razón?

—Nunca hay razón para cobrar tanto. Claro que... en realidad debía pagar más... pero, ¿quién paga lo justo? Nadie.

—¿Y qué te dijo el ministro?

—Medias palabras. No podia ser más explícito; pero comprendí que todo se arreglaría. ¿No ves que en su distrito, si yo quiero, no saca el gobierno ni un voto?

—En fin, que te saldrás con la tuya.

—Cabal. Pagaré lo que hasta aquí.

—Y luego, ¿dónde fuiste?

—De allí salí á las cuatro y media. Me encontré en la calle á Pignorate y estuvimos un rato muy largo hablando de negocios.

—¿Qué negocios?

—Una empresa que tenemos. La cosa parece que se tuerce. Pignorate es el que da la cara; el dinero es de varios, yo entre ellos. Dicen malas lenguas que si es limpio ó no es limpio. Todo consiste en adelantar dinero á señoritos... y claro que han de pagar algo. Que algunos son menores... pues que sean. Lo mismo necesitan dinero los jóvenes que los viejos. Pignorate dijo que iba á meter á un muchacho en la cárcel, pero ya verás cómo no lo consienten sus padres.

—Vamos que tenéis una sociedad para prestar á menores, y luego... lo arreglan sus familias.

—Así tan en crudo... no; pero el que quiera dinero para vicios, que lo pague.

—¿Y después?

—Fuí á una reunión de Comisión en el Congreso. Tenía que votar por pura disciplina, una gran picardía; sin embargo, como lo primero es el partido, voté. Luego tuve que ir al Círculo para buscar á uno.

—¿Jugaste?
—Poco; hasta las siete.
—¿Y qué tal?
—Medianamente; gané mil pesetas.
—Pues me vienen al pelo.

El caballero sonrió bondadosamente, y sacando del tarjetero diez billetes de á veinte duros, los colocó sobre la falda de Magdalena, diciendo:

—Para alfileres; y ya puedes agradecerlo... Mis chicas tenían no sé qué capricho... cosas de muchachas. Otra vez será.

Ella, dando por terminado aquel incidente, tiró sobre el tocador los billetes y continuó:

—¿Qué hiciste luego? ¿Por qué no viniste de noche? Te estuve esperando... se perdió el palco, ¡y me acosté de un humor!

—Fuí á casa á comer, con propósito de venir temprano. ¡Que si quieres! Hizo la maldita casualidad que, contra lo acostumbrado, no tuviésemos más convidado que mi suegra.

—¡Lagarto!

—Sí; estuvimos en familia. Luego se marchó la buena señora, mis hijas se fueron á vestir para ir al teatro, y me quedé solo con mi mujer.

—¿Tu mujer? ¿Y qué pasó?

—Lo de siempre, cuando nos quedamos á solas. La gran jaqueca. Es buena, cariñosa, dulce, la estimo y la respeto y la considero... ¡pero no nos entendemos.

—¡Ya conseguirá que me dejes!

—¡Eso no! Tuvimos una escena muy desagradable y estuve muy enérgico.

—No te atreverías.

—¿Que no? Pues mira, le dije: «no me apures la paciencia, porque nos separamos. Tú eres libre... hasta cierto punto: yo soy dueño de mis acciones; y en paz, ó damos al gran escándalo».

—Te hablaría de mí.

—Por indirectas. Me dijo que gastaba demasiado, que en casa se debía la mar, que ella estaba humillada, despreciada, que las chicas se iban á quedar sin tener que comer... y ¡lo que más me enfurece! se echó á llorar.

—Para que te ablandases.

—Pues no me ablandé. Lo que siento es que las chicas...

—¿Qué?

—Del comedor habíamos pasado al despacho. Las niñas vinieron vestidas, oyeron voces, se detuvieron junto á la puerta, y se enteraron de todo.

—Como son mayorcitas, se harán cargo.

—Se abrazaron á su madre... llorando. ¡Figúrate!

—¡Tonto! Haberte venido.

—Ya se me ocurrió; pero se me había levantado tal dolor de cabeza, que tuve que acostarme y tomar antipirina.

—¡Potingues! ¡Y yo aquí sola!

Quiso él entonces abrazarla por quitarle el enojo; más ella, levantándose de su lado, le dijo muy seria, extendiendo sus brazos desnudos:

—Todo está muy bien, y el cuadro de familia interesantísimo. Para evitar que se repita, esta tarde me llevas á comer á cualquier parte.

SOLILOQUIOS DE DON EUGENIO



—...Azcárate y Ruiz Jiménez, metidos en eso de la «Liga contra la pornografía», dispuestos á evitar ciertos contactos que den por resultado una mayor «repoblación»... Amós Salvador, por el contrario, metido á todas horas en los «cines» sicalípticos... Sol y Ortega, metido á conquistador, corriendo tras de ella como un mico, apenas ve por esas calles una mujer guapa... Yo metido en mi casa sin meterme con nadie... ¡Y luego dice Pinofiel que Canalejas se mete conmigo en sus tertulias porque me quiero meter en todo!

—Convenido. Y no mando recado á casa: ya se irán acostumbrado.

Magdalena sonrió gozosa, y volviendo á su interrogatorio y reprimenda, para disimular la alegría, preguntó con gesto desabrido:

—Y hoy, ¿por qué no has venido más temprano?

—He tenido que hacer una visita.

—¿A quién?

—A un amigo con quien estoy organizando una Sociedad muy útil y provechosa. Ahora no existe ninguna semejante, ni parecida; queremos que sea medio sociedad, medio cofradía, con honores de tribunal. Si nos dejan, el Santo Oficio con levita. Hace mucha falta, porque hoy no se respeta nada, ni se cree en nada; el sentido moral anda por los suelos, el mundo está perdido... Pero tú no puedes entenderme.

Magdalena, sonriendo entre provocativa y burlona, al mismo tiempo que se prendía las últimas horquillas en el moño, volvió la cara hacia su amante, hizo con los ojos un guiño muy expresivo, y dijo:

—Hazte socio, monín. Oye, ¿y cómo se llamará esa hermandad?

—«La hoja de parra».

—¿Y para qué es?

El caballero se puso muy serio, y con voz grave y sonora, repuso:

—«La hoja de parra» será una Asociación para atajar los progresos de la inmoralidad y de la falta de fe...

Jacinto Octavio Picón

EL HOMBRE Y EL ARBOL

(NO ES FÁBULA)

Un periódico de Madrid ha tenido abierta recientemente una encuesta para averiguar dónde termina la juventud del hombre y dónde empieza la vejez.

Claro está que el fondo de las contestaciones se encontraba en la mente de todos, y, especialmente, en la de todas. Lo que se perseguia en aquella encuesta era el *esprit* de la forma, y allá los críticos con la cantidad y calidad de galanura que apreciasen en las respuestas.

Yo también tenía la mía— ¿y cómo no?—; pero no la envié por lo contrario, precisamente: porque no era mía. ¡Oh, exceso de pudibundez mal apreciado en estos tiempos! La oí de labios de una mujer, unos labios muy chicos, muy regordetes y muy mordisqueados por su dueña y por todo el censo electoral de Madrid.

—«¿Que hasta cuándo son jóvenes los hombres?—le decía la tal á uno del censo.—Pues es muy sencillo. El hombre es como el árbol. A un árbol que se tuerce, se le puede enderezar fácilmente, si es joven. Y al hombre le sucede lo mismo: cuando no se le puede enderezar, es que está viejo.»

Yo creo que más *esprit*... ni la cabeza de Julita Fons en *El Conde de Luxemburgo*.

R. López-Montenegro

Leopoldo Bejarano, que se encuentra en Marruecos, va á publicar en LA HOJA DE PARRA una interesante serie de artículos, bajo el titulo general

Á LAS PUERTAS DEL HAREN

Bejarano ha demostrado en el estadio de la Prensa su talento y su gracia, y ha realizado en la jurisdicción de Cúpido «trabajos» más que suficientes para figurar, con el g.·. 33, lo menos, en la «Orden de los Terribles», de que fué G.·. M.·., hasta su matrimonio, D. Cristobal de Castro. Las correspondencias que nos envíe, harán, de seguro, honor á su prestigio de literato y de «terrible», y serán doblemente amenas porque las ilustrará el lápiz ingenioso y fácil de «Cyrano».

LOS CLÉRIGOS Y LA AVIACIÓN

Clérigos españoles, que vestís una sotana raída, mugrienta é incolora: clérigos sórdidos, que malvivís en un hospedaje mezquino; clérigos truhanes, cuya boca tuerta, á la par que salmodia una antífona, canturrea una solear!... ¡Clérigos, que confundís á veces el *Dixit Dominus domino meo* con el:

Cuando ebajito er puente...
te acuerdas que me desías:
Espera... que viene gente...



La Fornarina en Sevilla, aplaudiendo á Bombita.

Clérigos melancólicos, remisos en la liturgia y diligentes en las pitanzas eclesiásticas, yo quiero dedicaros hoy una extraña salutación, mezclada de mofa y de pena, porque he penetrado en vuestra alma sencilla y pueril.

¿Por qué sentís un tan desmedido apego á las cosas terrenas? ¿Por qué hozáis en las rastreras realidades cotidianas?.. ¿Por qué..? Y, sin embargo, yo se perfectamente que uno de vosotros ha sido víctima del mortífero biplano de Mauvais, y se que todos vosotros mostráis una afición desmedida á los progresos de la aeroplanación.

Cuando el aparato futurista se remonta á los aires, vosotros sonreís emocionados, como si se alzase la hostia consagrada de la humanidad nueva. Y cuando ya el mensajero del porvenir va alto, alto, más alto que las sierras «e más que los collados», como diría un cofrade vuestro, ya muy podrido bajo la tierra, Gonzalo de Berceo, vosotros fijáis la vista en el firmamento, como esperando que se rasgue el velo de lo Incognoscible, ó que entre nubes surja la aparición gloriosa de Santiago, patrón de España, debelador de las huestes moriscas.

Yo he leído en los periódicos, con delectación, con morosa delectación—y no es porque me alegre del mal del prójimo, aunque el prójimo sea clérigo—, que entre las víctimas de la equivocación de Mauvais (ó del descuido del público) se contaba un sacerdote. Y luego he visto con júbilo, en el aeródromo de Canillejas, á más de un ordenado *in sacris*.

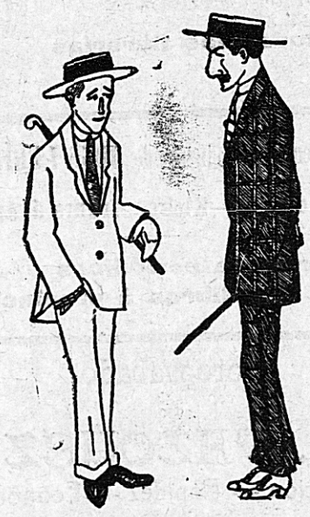
¿Obedece este clerical fervor hacia los aeroplanos al instinto de elevarse á los cielos, que ha caracterizado siempre á la clase sacerdotal? «Mi reino no es de este mundo», dijo Jesucristo; y aunque de este precepto se han olvidado (muchas veces á través de los siglos) sus vicarios y ministros, bien pudiera ser que ahora cayesen en la cuenta y sintieran un arrepentimiento seguro, aunque tardío.

O tal vez, este prurito de navegar por los aires, obedezca á la íntima persuasión de que en la tierra les va muy mal, y es menester que escalen el Olimpo, como los Titanes, para que les vaya mejor. Ya han terminado las épocas buenas del clero, cuando los diezmos y las primicias iban á engrosar sus arcas, cuando la teocracia era dueña y señora. Los tiempos han cambiado; las gentes urden chanzonetas á costa de los representantes de Dios en la tierra. Y viendo que les va mal por acá, que las gentes vilipendian y ultrajan la profesión de clérigo, han comprendido la conveniencia de emigrar á las alturas, quizá para hacer la revolución «desde arriba», como D. Antonio Maura, su tutor y farante.

¡Oh, doctos presbíteros, hacéis bien en remontaros á lo alto, puesto que por acá abajo ya no os queremos, y si os quedáis por allá mucho tiempo, mejor que mejor: Quizá porque sois humildes de corazón, Dios os exaltó hacia las celestes moradas, según reza la Escritura: *Deposuit potentes de sede et exaltavit humiles*... Mas la odisea del que quedó malherido por el biplano de Mauvais, yo os la narraré, amables lectores. Acaso era un reverendo prebendado de la Catedral de Sigüenza ó de la Catedral de Calahorra, que había venido á Madrid por unos días, soñando en ingurgitar excesivas cantidades alcohólicas y en deglutar pavorosas substancias alimentictas. A la par, tomó un plan de seducción verdaderamente donjuanesco. Y fué entonces cuando, habiendo pensado en solazarse con las pruebas de aeroplanación, comprendió que el biplano podría servirle de mucho para sus estratégicos proyectos de amor. ¡Ah, el aeroplano podría ser *una chaise-longue* flotante, un poema de amor, surcando los aires!... ¿Quién sabe si los aeroplanos se convertirán, para lo sucesivo, cuando las conquistas de la aviación se consoliden, en amables y ocultadores gabinetes galantes, en dulces camarines recónditos, donde los clérigos puedan hurtar su amor á las miradas del vulgo, y saborear, á través de los cielos, en unión de sus penitentas, las delicias de la bienaventuranza que les prometen desde los confesonarios!...

Andrés González-Blanco.

ENTRE BASTIDORES



—¿Dónde te parece á ti que gusta más la Pepita Meliá?

—¡Hombre!... En «A B C».

* * *

Perdonen nuestros corresponsales el retraso con que les enviamos el número 1.° de LA HOJA DE PARRA. Ha sido tan extraordinaria, y acaso también tan inesperada, la simpatía con que se nos ha acogido en Madrid, que en pocas horas, sin que la demanda reiterada de ejemplares que nos hacía nuestro capataz nos dejase despachar el correo, hemos visto agotarse nuestras dos primeras ediciones.

Procedemos á hacer una tercera, mucho más numerosa, y al servir sus pedidos á nuestros corresponsales, les participamos que nos hallamos prevenidos para que los números sucesivos de LA HOJA DE PARRA se pongan á la venta en provincias al mismo tiempo que en Madrid.

Centro Gráfico-Artístico, imp.—Rda. Conde-Duque, 3.